



LA SOMBRA
DE
NOSOTROS

SUSANA QUIRÓS LAGARES



Ediciones
LABNAR

LA SOMBRA DE NOSOTROS

SUSANA QUIRÓS LAGARES


Ediciones
LABNAR

Título: La sombra de nosotros
Autor: Susana Quirós Lagares

© Susana Quirós Lagares, 2020
© de esta edición, EDICIONES LABNAR, 2021
Corrector: Israel Sánchez Vicente

Imagen y diseño de cubierta e interiores por Ediciones Labnar

LABNAR HOLDING S.L.
B-90158460
Calle Virgen del Rocío 23, 41989, La Algaba, Sevilla
www.edicioneslabnar.com
info@edicioneslabnar.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra; (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

ISBN: 9788416366545
eISBN: 9788416366552
Depósito Legal: SE 1548-2021
Código Thema: FL 5AT

Primera Edición: Septiembre 2021

Impreso en España

Impreso y encuadernado por iVerso

Contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Alec

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

6 meses después

Agradecimientos

*A mi abuelo Emilio,
quien se fue demasiado pronto.*



CASO
R. EDEN

-ARCHIVADO-

EXP. 02178459

Heraldo
El ángel desp...

DEJA DE
PENSAR EN ELIII
PARA JAMA
SHLETTE

ME
ESTOY
VOLVENDO
LOCA
S

llamar
a
ROBY

EL CIRCO
DE LA MISTERIOSA

«En el corazón de todos los inviernos vive una primavera palpitante, y detrás de cada noche, viene una aurora sonriente».

KHALIL GIBRAN. Ensayista, novelista y poeta libanés.

La noticia salió en todos los periódicos: «Chico menor de edad asesina a su madre». Juliette recordaba haber estado horrorizada. Sin embargo, acostumbrada a buscar patrones en la conducta de la gente, no tardó en indagar acerca de las posibles causas para que un adolescente fuese capaz de cometer un crimen tan espantoso como el matricidio: homicidio involuntario, locura transitoria, maltrato, un estallido de ira...

Los médicos debieron de pensar algo similar, porque el joven acabó ingresando en el ala psiquiátrica del correccional de la ciudad y, pronto, el crimen que había protagonizado gran parte de los cotilleos de Elveside pasó al olvido. Era algo normal en una ciudad donde todos los años se registraba un nivel de criminalidad de más del cincuenta y cinco por ciento.

Pero ella jamás olvidaría la sonrisa de alivio que mostraba el muchacho en las fotos hechas por la policía. Volvería a ver esa misma sonrisa unos años después en un callejón oscuro, mientras un delincuente de poca monta se lamentaba en el suelo.

Una sonrisa manchada con la sangre que gotearía de sus labios cuando volviese a protagonizar las portadas de los diarios locales: «Maníaco fugitivo abatido por la policía».

La vida da muchas vueltas y Elveside siempre ha escondido muchos secretos.

1

—Juliette...

La voz del capitán de la Policía de Elveside sonó cansada a través del auricular. Estuvo a punto de colgarle. Eran las tres de la mañana y había trabajado en un artículo hasta muy tarde. Intentó cerrar los ojos, mientras el jefe Johnson se disculpaba por la hora. Pero nada, ya se había desvelado.

Con un sonoro bufido, se levantó atusándose el revuelto cabello castaño y entró en la cocina rumbo a preparar su primera dosis de cafeína. Encontró el bote vacío. Le sacó la lengua a la cafetera como burla, volvió a colocar la taza en su correspondiente armario y lo cerró de un portazo.

—... por eso he pensado que podrías ayudarnos.

—Claro, Eriol. Siempre es un placer contribuir a que la ciudad sea más segura —le respondió con los ojos en blanco.

Esa dosis de sarcasmo hizo que se sintiera mejor. Quizás, haber pasado tanto tiempo analizando a criminales le había contagiado algo. O a lo mejor tenía que ver con lo que había ocurrido dieciocho meses atrás. De cualquier manera, no había estado escuchando a Eriol divagar. Su amigo era, al fin y al cabo, de ese tipo de personas que daban mil rodeos antes de pedirte un favor, y aún no se encontraba lo bastante espabilada para soportarlo.

—¿Crees que podrías pasarte por la comisaría a eso de las siete? Es un asunto delicado.

¿Las siete? ¿En serio? ¿Y la llamaba cuatro horas antes? Algo dentro de su cerebro empezó a gritar y patalear. Puede que se tratase de la única neurona que permanecía despierta a esa hora.

—En realidad, Eriol, a las siete comienzo a trabajar. — Mentira. Era su día de descanso—. Estaré allí a las cinco.

Colgó antes de que su interlocutor procesase lo que había dicho y pudiese protestar... o ella explotar. Últimamente se encontraba al límite.

Se sintió tentada a abrir la caja que se encontraba bajo su cama, pero no creía ser aún capaz de soportarlo. Optó por buscar en el armario un modelo recatado para evitar tener que aguantar los «ingeniosos» chistes del honorable Cuerpo de Policía de Elveside. Finalmente, tras mucho rebuscar y dejar el suelo de la habitación hecho un desastre, logró encontrar una sencilla blusa y unos pantalones oscuros. Su uniforme de batalla.

«Pantalones. Siempre pantalones, querida. ¿De qué te escondes?».

Alejó esa irritante, a la par que conocida, voz masculina de su cabeza pellizcándose el puente de la nariz. Con una mueca, salió del apartamento y cerró la puerta sin mirar atrás.

Al esquivar a un ciclista madrugador, en busca de una cafetería decente donde pudiese encontrar un café bien cargado y con mucho azúcar —la cafeína y la glucosa eran lo único que le permitían aguantar su rutina diaria—, reflexionó sobre por qué no se había retirado aún. En el periódico la habían ascendido y cobraba suficiente dinero para mantenerse con solo ese empleo. De hecho, hacía unos meses le habían subido el sueldo, algo por lo que protestó al no creer merecerlo. Sospechaba que era una especie de consuelo debido a su «depresión». Pero Jack había insistido y logrado salirse con la suya. Ya no

necesitaba ese *hobby* policíaco y, siendo sincera, tampoco lo veía ya tan emocionante. En ciertas ocasiones la aburría y enfadaba a partes iguales. Le traía recuerdos que, por su salud mental y emocional, estaban bien donde los escondía. Sin embargo, en cierto modo se sentía responsable, y creía que debía compensar su actitud de hacía dos años. Demostrar al mundo que volvía a ser la misma.

No era policía. Tenía veintiún años cuando empezó a trabajar en el diario local, compatibilizando la carrera de Periodismo y la de Psicología. Allí se encargó de la redacción de noticias para la sección económica del periódico. Un puesto demasiado aburrido del que pronto se hartó. Una noche, poco antes de entregar un artículo, decidió tirar de su abundante imaginación y hacer una creativa interpretación de la situación financiera de la ciudad que, lejos de ganarse una bronca de su editor, provocó el efecto contrario: la felicitó, soltó una sonora carcajada y le propuso un cambio de sección, enviándola derechita a artículos de opinión. Juliette no tardó en adaptarse a su nuevo puesto. Se sentía como pez en el agua, impregnando su columna de humor negro y teorías conspiratorias. Hasta que un nuevo criminal se convirtió en la pesadilla de toda la localidad, y ella se vio en la necesidad de dar su opinión sobre este nuevo sujeto.

Acertó. De pleno.

No solo en su motivación, sino en el tipo de lugar donde se escondía, quién sería su próxima víctima e incluso su posible pasado en una familia desestructurada. La policía la sometió a un interrogatorio y la dejaron ir, pensando que había sido una simple casualidad. Pero a este caso aislado le sucedieron Devon Dempsey, un electricista que asesinaba a familias a base de impulsos eléctricos, y Esdras Gaiman, un caníbal cuyo menú estaba compuesto por jóvenes alumnas de instituto.

Si uno es casualidad, tres te llevan directa a la pila de sospechosos. La interrogaron, hablaron con su jefe, con sus amigos, con todos sus conocidos, pero tenía coartada. Siempre la tenía. Para ser una chica que apreciaba tanto la soledad, disponía de una vida social que su yo adolescente jamás habría imaginado. Su única justificación era que las evidencias estaban allí, y ella solo las había interpretado del modo correcto. Tras esto, el doctor del Departamento de Criminalística la sometió a una evaluación psicológica y llegó por fin a una conclusión.

Julie —como sus compañeros ya insistían en llamarla— era inteligente, intuitiva y capaz de ver cosas que para los demás pasaban desapercibidas, patrones que se repetían con los que lograba meterse en la cabeza de criminales y anticiparse a sus actos.

No le sorprendió. Tenía la capacidad de citar en qué página se encontraba determinada fotografía de un libro, encontrar sin problema su coche en un abarrotado aparcamiento, saber quiénes eran de fiar y quiénes no... Había pasado años observando, almacenando información y detalles desde su ventana, con demasiado miedo para vivir su propia vida.

Además, la sometieron al test de Davis, donde obtuvo un resultado perfecto que demostraba que formaba parte de lo que se conocía como «superreconocedores». Personas con la habilidad para memorizar, reconocer y asociar rostros a situaciones concretas. Una capacidad muy valorada en el ámbito policial, pues facilitaba labores de reconocimiento incluso en imágenes con escasa definición.

Le ofrecieron colaborar con la policía en ciertas ocasiones. Los estudios en Psicología inclinaron aún más la balanza a favor de su contratación, sobre todo en una comisaría con tan pocos recursos. Aceptó, le pareció divertido. Y el «en ciertas ocasiones» se convirtió en

veinticuatro casos resueltos en cinco meses. La policía recibió condecoraciones y galardones, y sus artículos, aunque nunca revelaron esta parte de su vida por su seguridad, eran los favoritos de toda la ciudad.

La obligaron a adoptar un seudónimo para firmar su columna, como medida de protección de su identidad. Su editor sugirió que se hiciese llamar «el Ángel Despierto». Le iba como anillo al dedo.

Elveside era una ciudad como cualquier otra del estado de Illinois. Relativamente cerca de Chicago, solo compartía con ella su elevado índice de criminalidad, pero carecía de la sofisticación de sus rascacielos e increíble arquitectura. Cuando vivías en Elveside, a menudo olvidabas que existía algo como la Ciudad de los Vientos. No había nada en ella que la hiciese destacar, salvo un número de crímenes casi tan alto como el de una urbe cuatro veces mayor.

No siempre fue así. Hubo una época en la que Elveside podía considerarse, si bien no bonita, al menos sí amigable. Aunque eso fuera casi un siglo atrás, aún se conservaban algunos carteles que invitaban a empezar una vida llena de oportunidades gracias a su puerto fluvial y su nueva zona de negocios. Sin embargo, esto atrajo también a delincuentes que buscaban un lugar donde esconderse. Así fueron formando sus propios barrios y comunidades. Los antecesores de los Elvetrash, término que proviene del original Elverats, se afincaron cerca del río, en una zona muy útil para sus trapicheos. La manzana podrida se encontraba en las altas esferas, en manos de aquellos que debían protegerlos. Bastaron un par de alcaldes codiciosos y una comisaría corrupta para abrir una brecha entre los barrios marginales y los de clase alta. Elveside se convirtió en una mancha, en el polvo que se barre bajo la alfombra.

Poco a poco, la ciudad se aisló del exterior, destruyéndose a sí misma en el proceso.

Todo el mundo quería marcharse de allí: los jóvenes soñaban con estudiar fuera y no volver, los ancianos con mudarse a casa de familiares alojados en el extrarradio y las familias, en cuanto tenían sus primeros hijos, salían corriendo sin mirar atrás. Quizás por eso, la ciudad era hogar de criminales, porque en ella solo quedaban dos tipos de personas: los que no podían permitirse un alquiler en cualquier otro lugar y aquellos a los que el miedo no les permitió huir cuando pudieron. Los mismos que años después, cuando decidían coger la sartén por el mango, se daban cuenta de que ya no serían capaces de hacerlo. Eran peatones amargados que veías paseando con la cabeza gacha, con grandes maletines y un deseo en la mirada: que algo les saliera mal para lanzar sus frustraciones a un torpe camarero, a un niño demasiado ruidoso o a un jefe perverso.

Así que los habitantes de la antaño preciosa Elveside se reducían a delincuentes, humildes y resentidos. Aunque con el tiempo, Juliette, como parte de su odiosa tendencia a llevar la contraria, había descubierto una cuarta categoría dentro de la fauna de Elveside: los supervivientes, aquellos a los que les emocionaba encontrarse allí, bien por una insana adicción a la adrenalina —como ella—, aspirar a un puesto de trabajo lleno de retos —como Eriol—, o por ser unos optimistas incansables con un posible pasado *hippy*, y que eran capaces de ver belleza en las grises y sucias calles de su hogar. Ese era el caso de la camarera que le estaba causando dolor de cabeza con su excesiva verborrea mientras le servía café.

—Y yo le dije, papá, sé que parece que David es una víctima más del capitalismo, pero ambos sabemos que esos zapatos que llevas ahora mismo son de piel, así que, si no

quieres que mamá te suelte su discurso sobre la importancia de la moda responsable, vamos a tener la fiesta en paz... ¿Leche? —interrumpió su monólogo ofreciéndole una sonrisa.

¿Pero a quién le apetecía sonreír a las cuatro de la mañana? En serio, ¿a quién? O incluso charlar. ¿Es que una no podía encontrar a un camarero sucio y desagradable que gruñese en vez de hablar y simplemente le cobrase un maldito café?

—No, hoy me apetece *solo* —recalcó para comprobar si funcionaba mejor que su entrecejo fruncido y la mueca arisca.

—Perfecto, guapa —respondió la camarera, ajena al cabreo de su clienta, y le mostró otra sonrisa de anuncio—. Pues eso, no me puedo creer que quisiese engañar a mamá porque...

—¿Sabes? No me había dado cuenta de que es tan tarde. ¿Me lo pones para llevar? —Juliette se obligó a esbozar una sonrisa y extenderle un billete de cinco dólares—. ¿Por favor?

Diez minutos después, y con la cabeza a punto de explotar, logró salir de la cafetería criticando por lo bajo a novios banqueros, padres hipócritas y zapatos de piel. Tenía que llegar hasta el otro extremo de la ciudad para reunirse con Eriol en la comisaría.

«Al menos está bueno», pensó para sí misma.

Sin embargo, ajena a lo que le rodeaba, y con la oscuridad de la noche aún presente en las calles, no se percató de que la observaban con curiosidad desde las escaleras de incendios del callejón de al lado.

El ambiente en la comisaría era el de siempre. Nada más entrar por la puerta se enfrentó al encantador aroma a cigarrillo barato que solía desprender Leo, fruto del par de

cajetillas que devoraba cada noche para hacer frente a la guardia. Tras una inclinación de cabeza —y una mirada de reojo—, refunfuñó algo y la dejó pasar al control. Allí, el bonachón de Will, aún con esa ilusión propia de los novatos, le preguntó por su próximo artículo. Mientras hablaban, un malhumorado Héctor le dirigía miradas, furioso por no haber sido él quien la había recibido.

Dando gracias a su suerte, Juliette se abstuvo de sacarle la lengua como una niña pequeña y le dedicó una sincera sonrisa a Will. Le agradaba ese chico. Era charlatán y coqueto. Conservaba esa inocencia de los jóvenes ricos del otro lado del río. Esos que solo habían visto asesinatos y robos en televisión y descendían a Elvesside para vivir emocionantes aventuras. Hasta que se les acababa el dinero, claro. Aun así era dulce. Y guapo. En cualquier otro momento de su vida, Julie hubiese entrado en ese juego de adulaciones, solo por el placer de alimentar su ego. Pero eso habría sido antes del incidente. Ahora solo podía observar al joven como una futura víctima de la urbe. ¿Qué sería? ¿El juego? ¿Una chica? ¿Una persecución que terminaría con él como víctima? Tarde o temprano su preciosa ciudad acababa con las personas, tanto mental como físicamente. No había lugar para la inocencia en Elvesside. Ni para la bondad.

Al fin, tras un par de comentarios acerca del nuevo local de moda, Will le dejó ir hacia el despacho de Eriol.

Eriol Johnson era, sin duda, lo mejor que le podía haber pasado al Cuerpo de Policía de Elvesside en mucho tiempo. Comenzó como cadete, pero sus escrúpulos y su perseverancia le hicieron destacar por encima del resto de los agentes en poco tiempo. Los ascensos se sucedieron sin demora. Cuando Gregory Murphy fue destituido a causa de un escándalo, no tardaron en darle el puesto de capitán. En gran medida por sus logros, aunque también como parte de

una campaña para dar mejor imagen a los agentes de policía. Descendiente de varias generaciones de hombres dedicados a las fuerzas de seguridad, su legado era bastante conocido. Lo llevaba en la sangre. Y en lugar de convertirse en un nuevo títere de la alcaldía o dejarse enredar en turbios asuntos, como ocurrió con sus compañeros, sorprendió a todos expulsando a gran parte de sus agentes veteranos: todos aquellos implicados en acciones ilegales. Contrató a nuevos policías recién salidos de la academia, quienes crecieron y brillaron bajo su mando. Aunque polémico, era probablemente el capitán más querido y respetado por sus subordinados. Incluida Juliette.

Con una sonrisa, abrió la puerta sin llamar. Sabía que con Eriol no era necesario protocolo alguno. El hombre era un segundo padre para ella, y la reprendía cuando actuaba con él de forma cortés o distante.

—Hola, jefazo, ¿qué tal la semana?

En cuanto vio la cara agotada del jefe Johnson, su enfado se esfumó por completo. Conocía la seriedad con la que él se tomaba su puesto de trabajo. Debía de estar preocupado. Aquella llamada a deshora no era habitual en él.

—Hola, Julie. Ha pasado bastante tiempo. —Una chispa de alegría inundó unos instantes los ojos azules de Eriol—. ¿Continúas en ese aburrido trabajo?

—¡Eh! Que mi aburrido trabajo paga las facturas, y además me deja mejor aspecto.

Le guiñó un ojo mientras se dejaba caer en la silla de enfrente. Le debía mucho a Eriol. La había apoyado incluso cuando supo la verdad. Le ofreció una mano cuando ella misma no creía merecerla.

—Bueno, entonces no te interesará un nuevo caso...

Dejó el comentario en el aire, pero Juliette lo conocía bien. Eriol era incapaz de mantener las manos quietas

cuando se sentía emocionado. Y aquello debía ser algo grande, pues tamborileaba con ambas en la mesa.

—Bueno, paga las facturas, aunque no los caprichos más caros. —Juliette descruzó las piernas para inclinarse hacia delante—. ¡Dispara!

Hacía más de un año que Eriol no le sonreía de un modo tan descarado y, durante un instante, pudo apreciarse la complicidad que los había caracterizado en sus primeros casos. El dolor del pasado, las mentiras, los engaños, la traición y el rencor se desvanecieron por un momento. Hasta que el teléfono sonó, y Juliette apartó la vista. Mientras el capitán atendía la llamada, los sentimientos que tanto le había costado encerrar en sus recuerdos volvieron a ella con una irrefrenable intensidad. Se le empañaron los ojos y tuvo que apretar el puño para sentir cómo las uñas se le clavaban en la palma de la mano. El dolor la hizo despertar. Solo así fue capaz de volver a cerrar esa puerta.

«Aún no. Aquí no», se repitió a sí misma.

Tras aquellos tediosos minutos de respiración entrecortada y emociones desbordadas, volvió a alzar la cabeza. Observó cómo Eriol, ajeno a la brecha en su coraza, colgaba y se disculpaba por la interrupción.

—No te preocupes, señor ocupado. Desembucha, que no tengo todo el día.

—Menos mal que soy yo el ocupado —protestó al sacar unos archivos del cajón—. A ver... Este caso es de los tuyos. La señora Eden, una jubilada de sesenta y ocho años, afirma que su exmarido entró recientemente a robar en su casa. Marido que fue encarcelado hace treinta años.

—Pues no parece un caso demasiado interesante. No sé en qué podría ayudarte.

—Si me dejaras terminar, te enterarías —dijo al extraer una hoja de la carpeta que sostenía en las manos—. Robert

Eden cometió una serie de importantes robos junto a su banda. Fue atrapado en un golpe en solitario y le condenaron a cadena perpetua. Jamás se supo la identidad de sus compañeros, ni siquiera cuando años después se descubrieron pruebas que lo relacionaban con un par de asesinatos y fue sometido a un nuevo juicio.

Cuando Juliette miró las fotos vio a un hombre entrado en los cuarenta, que sonreía a la cámara en todos sus perfiles. No parecía el tipo de persona que se beneficiase de una reducción de la condena por buena conducta.

—Y quieres que te elabore un perfil de este sujeto, supongo. Necesitaré todo lo que tengas sobre él, como informes médicos o historial familiar. Será complicado analizar a alguien por su conducta de treinta años, pero creo que podré hacerlo. Siempre y cuando...

—No —la interrumpió—, quiero un perfil de ella.

Juliette no pudo ocultar la sorpresa.

—¿De ella? —De repente, nada parecía tener sentido—. ¿Por qué la mujer? Lo más seguro es que desvaríe a su edad. Apuesto a que ni lo ha visto de verdad.

—Eso espero, porque resulta que Robert murió hace catorce años mediante inyección letal.

La sonrisa de orgullo de Eriol provocó que le diesen ganas de darle un puñetazo en la cara. Otra vez.

—¿Qué? ¿Cómo? Espera, ¿qué? —Ahora sí que no entendía nada—. Está claro que se lo ha inventado. Fin del caso. Si esta es tu forma de intentar que vuelva al trabajo... No pienso perder el tiempo en esto. —Se levantó y lo miró indignada—. Adiós y buenos días, Eriol.

—¡Juliette!

—¿Qué?

Una carpeta le golpeó la cabeza antes de que se diese siquiera la vuelta. Frotándose la zona donde había hecho diana, el de repente lanzador olímpico Eriol Johnson

recogió los distintos papeles que se habían dispersado por el suelo.

—Junto al testimonio de la señora Eden hay una docena de vecinos que afirman lo mismo. Además de cinco heridos, cuatro de ellos graves. Este sujeto ha revuelto toda su casa buscando un objeto que desconocemos. Y ha asesinado a dos ancianos. Quiero saber qué podría hacer creer a todo un vecindario que un antiguo residente, fallecido, está rondando su antiguo hogar y quién podría querer atacar a dos personas, en un principio, sin nada en común. Pero, sobre todo, quién querría reclamar las pertenencias de un criminal muerto. ¿Entiendes el problema?

—Lo... lo entiendo —balbuceó la joven.

—Bien, es todo por ahora. Por tu expresión, supongo que aceptas el caso. Puedes irte.

—Sí, hablamos más tarde. —Se dirigió hacia la puerta, aunque se detuvo a dos pasos de ella—. Eriol, yo...

—Lo sé. No pasa nada. —El capitán intentó sonreír sin éxito, y sin mirarla—. Tómame tu tiempo y no te presiones. Es tu primer caso después de... Después de tu retiro.

Juliette asintió, abrió la puerta y salió del despacho. Con la mente cargada de ideas, decidió dirigirse a la biblioteca municipal para intentar ordenar todo antes de ponerse a ello. Como en los viejos tiempos.

2

La biblioteca de Elveside era de los pocos edificios de la ciudad que a Juliette le gustaban. Su fachada neoclásica era una delicia para la vista. Esculpida en mármol blanco, incluía sobre el arco de entrada la figura imponente de un halcón en posición de ataque. De niña siempre lo vio como un guardián dispuesto a ahuyentar sus miedos o preocupaciones. Sobre aquel centinela alado, unos bajorrelieves narraban en imágenes la historia de la ciudad. Un conjunto precioso que se apoyaba sobre dos columnas de tamaño contundente con capiteles dóricos tallados.

Era uno de los escasos edificios dedicados a la cultura que aún se conservaban, en gran medida porque un filántropo amante de la literatura se había enamorado de él medio siglo atrás, y sus descendientes aún enviaban sustanciosas donaciones para mantenerla. Su majestuosidad la hacía sin duda merecedora de aparecer en las guías turísticas del país. Y toda belleza exterior tenía su consonancia en el valor que albergaba tras sus muros.

En ella, una Juliette de ocho años encontró un refugio: paredes plagadas de libros hasta el techo, unidas entre sí por unas escaleras que formaban un laberinto de pasillos volados encima del vestíbulo y que siempre le había recordado puentes colgantes. En los sillones situados entre la sección de Ficción y Psicología, creció contemplando por los amplios ventanales a los niños de su edad en el parque. Nunca le importó. Jamás había encajado entre crío alguno.

Por esa razón, Juliette hizo de esas paredes su guarida. Aquella a la que acudía si no había sido invitada a un cumpleaños o si algo iba mal: si el chico que le gustaba salía con otra chica, ella corría a los brazos del señor Darcy; si se metían con ella en clase, Hogwarts tenía la respuesta; si discutía con su amigo Joey, viajaba al increíble mundo creado por C. S. Lewis. Y más adelante, cuando creía que algo en ella podría provocar tanta soledad a su alrededor, buscaba respuestas en Freud, Fromm o Hobbes. Ellos siempre tenían una solución a los problemas.

En la psicología descubrió su mayor pasión, un pasatiempo que ponía en práctica sin tapujos. Pronto se vio atrapada por la conducta de las personas, lo que hacían cuando pensaban que nadie las observaba. Y aunque podría haberse dedicado a ello tras graduarse, Juliette decidió seguir practicando en secreto. Siguió el consejo de sus padres e hizo de la escritura otra de sus pasiones; su mejor terapia. Así llamó a su puerta el periodismo, una serie de asignaturas que cursó junto a Psicología para un doble título. ¿Quién le habría asegurado que podría desempeñar ambos? Al menos hasta entonces, porque desde que puso un pie en la biblioteca aquella mañana no había dejado de distraerse.

Se aburría y mucho. No había encontrado información alguna sobre Leonor Vega, nombre de soltera de la señora Eden, salvo una breve nota en la hemeroteca perteneciente a un periódico local que hablaba del matrimonio entre ella y Robert. Sin embargo, como señora Eden sí que había bastante información. Tanta como para llenar dos carpetas iguales a la de Eriol: interrogatorios a causa de los delitos de su marido, un par de órdenes de desahucio, su testimonio en el juicio o las declaraciones tras la muerte del ahora reaparecido señor Eden. Juliette esperaba encontrar algún informe del hospital, pero parecía ser que

Robert, pese a ser un cretino, había tenido la decencia de no ponerle nunca la mano encima. Tampoco a su hijo, quien había fallecido hacía unos años por una insuficiencia cardíaca, única herencia de su progenitor, dejando sola a su madre.

Nada más, y con eso resultaba complicado redactar un perfil decente. Así que había solicitado a Karen, la secretaria de Eriol, que le facilitase el número de la señora Eden para concertar una cita. Al fin y al cabo, nada garantizaba que Leonor fuese la misma treinta años después, y menos aún cuando había tenido que enterrar a sus dos únicos familiares.

Durante la espera observó a un grupo de muchachos que se encontraba al otro lado del pasillo. No eran mucho más jóvenes que ella y aun así sentía que les separaba un abismo de distancia. La gente como ellos manifestaba una total facilidad en comportamientos que a Juliette le suponían un gran esfuerzo, como hablar con personas de su misma edad y salir de su coraza. Exponerse, en general, siempre le había parecido demasiado complejo.

Joey, su mejor amigo desde la adolescencia, siempre solía decir que el problema no era de ella, sino de los demás. Bromeaba con la necesidad que Juliette tenía de aislarse del mundo, argumentando que este no estaba preparado para su mente brillante. Él no tenía ese problema: no era su mente la que le hacía rehuir de la gente, aunque sí su absoluto desdén por las personas. Joey consideraba que socializar era una absoluta pérdida de tiempo. De hecho, Juliette era su única amiga. Aun así, era carismático, caía bien de forma instantánea, y eso le ayudó mucho en el ejército, donde continuaba sirviendo. Ambos compartían ese miedo a que el mundo intentara hacerles daño y se refugiaban el uno en el otro, y en la familia de Juliette.

Sus ojos fueron a parar en el fortachón del extremo, quien miraba de reojo al joven de gafas mientras golpeaba con nervios la pierna contra el suelo. Juliette intuía que había una historia ahí, que probablemente el tamborileo que este hacía con los dedos se debiera a sus intentos de no devolverle la mirada. Pero ella sabía que era una tarea imposible; cuanto más intentaras negarlo, más fuertes se volverán los sentimientos despertados. Y el chico tras las lentes iba a mirarlo inevitablemente en 3, 2, 1... Ahí estaba. Un vistazo fugaz seguido de pieles sonrojadas.

Juliette se permitió una sonrisa. Le parecían tiernos, abrumados por la inocencia del primer amor que pocos encuentran. Entonces, la melodía de su teléfono la sacó de aquella escena.

—Juliette —dijo una voz masculina al otro lado del teléfono.

Estaba claro que no se trataba de Karen.

—¡Dime, jefe!

Oyó a Eriol carraspear. Distraída como iba, apenas se fijó en el chico con capucha con el que chocó.

Ella se disculpó sin darle importancia.

Él se detuvo y se giró para observarla, durante demasiado tiempo para tratarse de un extraño.

Las hojas doradas caían como una cascada sobre su cabeza, mientras que Juliette hacía aspavientos para sacudirlas de su pelo. El taxista acababa de dejarla ante una imponente verja, tan oscura como el ónice, cerrada a cal y canto.

Buscó algún timbre con el que pudiese alertar de su presencia a alguien, pero no parecía haber nadie. Ni coches ni peatones. A este vacío escenario se le sumaba un silencio que a Juliette le ponía los vellos de punta. La urbanización en la que se encontraba, con su entrada de corte gótico y

sus tímidos habitantes, bien podría ser un cementerio. E iba a llegar tarde.

Estaba a punto de coger el teléfono para llamar a su anfitriona cuando, con un suspiro, recordó que no había señal alguna. Eriol le avisó cuando le proporcionó el contacto. Lo que olvidó mencionar era que la señora Eden residía en un barrio sacado de una novela de Stephen King. Por un momento temió encontrarse al temible payaso Pennywise saliendo de una de las alcantarillas.

Tan inmersa estaba en sus pensamientos que no fue consciente del coche que se acercaba hasta que el claxon la hizo soltar un breve, y algo ridículo, chillido.

Una ventanilla bajó y se asomó un anciano de sonrisa amable y ojos claros. Un gracioso bigote, más blanco que gris, acompañaba al rostro y provocó que Juliette cayese rendida ante el personaje.

—¿Puedo ayudarla, señorita?

—Eso espero. Vengo a ver a la señora Eden, pero parece que no hay nadie que me permita pasar.

—¿A Leonor? Eso le encantará. La pobre está algo sola, ¿sabe? Aunque jamás lo reconocerá ante nadie. ¡Es muy testaruda! —Salió del coche para dirigirse con pasos cansados a la verja—. Ojalá no haya esperado mucho. Patrick no viene los fines de semana y todos tenemos llave.

El hombre abrió la puerta con un suspiro exhausto y Juliette se acercó a ayudarlo a empujarla. Con un cabeceo le dio las gracias en silencio y juntos terminaron de abrirla.

—Su casa se encuentra al final del vecindario. Si quiere la llevo. Está junto a la mía —dijo mientras volvía al coche.

—Se lo agradezco. De ese modo no tendré que rezar para no perderme —respondió ella y siguió al anciano.

—Suba. Esta ciudad es peligrosa, y el barrio no es lo que era. Con las cosas que están pasando preferimos no recibir visitas.

El coche atravesó la cancela y, mientras su acompañante volvía a bajarse para cerrarla, Juliette decidió no desperdiciar la oportunidad de obtener más información sobre el caso.

—¿Qué cosas, señor? ¿Ha pasado algo? —preguntó al ayudar de nuevo al hombre.

—Digamos que nos han visitado antiguos residentes y no están muy contentos.

—¿Qué querían?

—Quién sabe... —murmuró, y pronto pareció recuperar el ánimo—. ¡Pero bueno! ¿Dónde están mis modales? Soy Theodore Carter, pero puede llamarme Teddy. Es un placer conocerla, señorita.

Aquello arrancó una carcajada a Juliette. Se acomodó en el frío asiento de cuero *beige* y estrechó la mano que le ofrecía su inesperado chófer.

—Juliette. Juliette Libston. Encantada, señor Carter.

—Juliette... ¿Es usted francesa? —le dedicó una mirada curiosa.

—No, es por mi abuela. Nació allí —consciente de que no iba a poder retomar el tema que le interesaba, aceptó de buen grado hablar de una de las personas a las que más quería—. En Villefranche, concretamente.

—Oh, suena encantador. Yo apenas he salido del país. ¿Su abuela sigue viviendo allí?

La joven le habló de su querida abuela Élise y la pequeña ciudad costera en la que se crio. De cómo su marido y ella tuvieron que mudarse a Elveside por motivos laborales del difunto abuelo Jacques.

Se sumergieron en una agradable charla sobre la familia de Juliette, tan solo interrumpida por breves comentarios de Teddy cuando pasaban por alguna vivienda peculiar o cuyos residentes merecía la pena mencionar.

La verdad es que Lakeville, como el señor Carter se había referido a su hogar, era un bonito lugar para vivir. Sus grandes calles, bordeadas por casas con amplios porches, estaban impregnadas de una familiaridad que Juliette solo había sentido cuando visitaba su amada biblioteca. Y, a diferencia del resto de las urbanizaciones de alta clase, los jardines públicos no se encontraban cuidados. Tenían cierto aire salvaje que los convertía en pequeños bosquecillos, al contrario que los jardines particulares.

La competitividad entre vecinos era más que evidente: si uno tenía un gran manzano, el siguiente lucía dos aún más grandes. Igual con rosales, farolillos o incluso el césped. Y ni hablar de los ornamentos. Mirase donde mirase encontraba setos con forma de conejo, enanos de piedra y enredaderas que cubrían las ventanas a modo de cortinas.

«Ojalá tuviese mi cámara», pensó, y enseguida supo que era un síntoma de mejoría, pues llevaba años sin pensar en sus aficiones.

El coche se detuvo frente a una vivienda dividida en dos por un horrible vallado. La casa de la izquierda disponía de una fachada amarilla con puertas ojivales de madera clara. En la segunda planta resaltaba una pequeña terraza donde se vislumbraban maceteros con flores, margaritas quizás, de color blanco. Un velador en el costado resguardaba del sol a una mesa redonda de mármol junto a un par de sillones de mimbre. Un rincón exquisito y apetecible. Pero sin duda lo que más le gustó fue el aroma a madreselva que desprendía la entrada, y el enorme ciruelo en medio del jardín, cargado de frutos que recoger. Su abuela Élise era popular por su mermelada casera de ciruela. Cuando llegaba el momento, la familia se reunía para recogerlas antes de que maduraran. Aunque su mermelada preferida

era la de limón, cuya receta solo conocían Juliette y su abuela. Aquel solitario árbol le trajo dulces recuerdos.

Consciente de llevar parada demasiado tiempo, se dio la vuelta para dar las gracias a Teddy. Lo encontró fuera del coche con una sonrisa de comprensión.

—Precioso, ¿verdad? —comentó el anciano, a lo que Juliette solo pudo responder con un asentimiento—. Lo ha hecho todo ella.

—Es tan acogedor... No lo esperaba así.

Esa casa gritaba a plena voz la palabra hogar y parecía impregnada de momentos felices. En la mayoría de los casos, los domicilios de los criminales manifestaban alguna huella que advirtiese de la profesión de sus propietarios. Sobre todo, en una ciudad tan gris y sucia como Elveside. Pero aquella urbanización tenía una personalidad... Era un refugio, un templo.

—Un oasis —musitó en voz baja.

—¿Perdona, cariño?

—Nada, nada —dijo de regreso al mundo real—. Muchas gracias, señor Carter.

—Ha sido un placer. Si necesitas ayuda para salir, o un chófer para llegar a casa, allí me encontrarás. —Señaló una fachada de ladrillo rojizo en la acera de enfrente—. Quién sabe, igual hasta te invite a limonada. Mi nieto está hecho un chef.

—Eso me encantaría.

El anciano hizo un gesto de despedida y volvió a entrar en el coche. Cuando parecía estar a punto de marcharse, volvió a dirigirse a la joven.

—¿Juliette?

—¿Sí?

—No seas dura con ella. Ha pasado por mucho y los policías no le dan un respiro. —La perspicacia del anciano